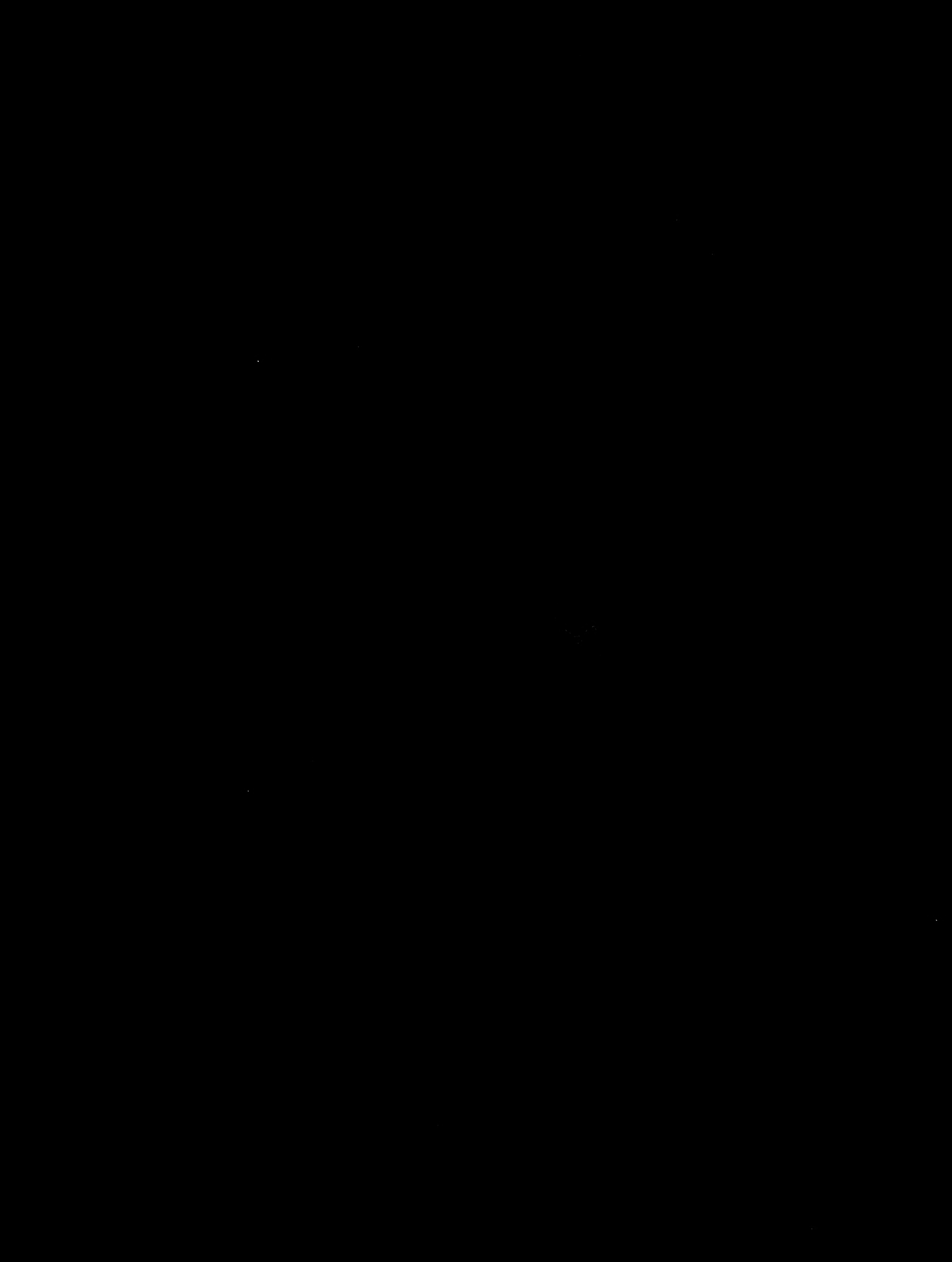
Historia verdadera del famoso guerrillero

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 17

Control Number: ADT-5727
OCLC Number : 29733275
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HVED
Title : Historia verdadera del famoso guerrillero y bandido Jaime el Barbudo, ó sea, El terror de la Sierra de Crevillente.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Jaime el Barbudo.
Note : Title vignette.
Subject : Alfonso, Jaime, 1783-1824.
Subject : Chapbooks, Spanish.



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA VERDADERA

DEL

FAMOSO GUERRILLERO Y BANDIDO

JAIME EL BARBUDO,

ó SEA

EL TERROR DE LA SIERRA DE CREVILLENTE.

MADRID.
Despacho: Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.


ES PROPIEDAD

JAIME EL BARBUDO.

CAPITULO PRIMERO.

En el que se verá al héroe de esta historia; de cómo aprendió á leer y escribir siendo pastor, y cómo ejerciendo la profesion de guarda de viñas mató á un hombre.

En la rica y célebre huerta de la noble ciudad de Murcia, tan nombrada por sus frutos como afamada por sus quintas, caseríos y barracas, nació á últimos del siglo pasado ó sea por el año de 1783, el que más tarde debia ser el espanto de su tiempo, el rayo de los franceses y el terror de los caminantes. Recibió en la pila bautismal los nombres de Jaime Alfonso, tomando el apellido de Martinez, porque tal era el de sus honrados padres. Eran estos campesinos de la huerta que acabamos de nombrar y como no tenian medios para dar una educacion conveniente á su hijo, así que este tuvo fuerzas bastantes para manejarse por sí solo, lo metieron como zagal en un hato de ovejas, donde pasó los años primeros de su vida entregado á la soledad del campo y á la contemplacion de la naturaleza.

No debia de tener pelo de tonto el jóven pastor cuando procuró instruirse sin que nadie se lo dijera, en aquello que él habia visto en otros muchachos; esto es, en aprender á leer y escribir; y al efecto, todas las tardes se acercaba con su hato de ovejas á un convento que existia en uno de los valles que él frecuentaba, para que en él pastase el ganado, y un pobre fraile principió á enseñarle lo que él tanto deseaba saber. Como Jaime Alfonso era despierto y avisado naturalmente, se aprendia de memoria las lecciones, y de tal modo se aplicó y tales trazas hubo de darse para adelantar, que no solo aprendió á leer y escribir correctamente, sino que hizo otros estudios, con los que dejó pasmado al buen

fraile que le habia dado semejantes conocimientos. El referido fraile, que le habia tomado mucho cariño al pastor, le daba libros para que este leyera interin guardaba sus ovejas, resultando de todo esto que Jaime, al cobrar á la lectura una aficion extraordinaria, se hizo extremadamente devoto de la Virgen, puesto que la mayor parte de los libros que leia estaban consagrados á esta Señora.

Cuando Jaime llegó á la edad de 17 años era ya un mozo hecho y derecho: habia en el campo adquirido una fuerza extraordinaria, y su talle, su cuerpo, su semblante, sus ojos negros y rasgados, presentaban en él un conjunto agradable digno de llamar la atencion. Conociendo sus padres que aquel mozo bien formado y algun tanto instruido, no debia seguir guardando ovejas, le proporcionaron la guarderia de un pago de viñas, lo cual era del agrado de nuestro hombre, porque así conservaba la libertad é independencia á que se habia acostumbrado desde niño.

Tomó Jaime una escopeta, púsose la bandolera de guarda, de la que pendia un cuchillo de monte, se vistió un dolman, unos blancos y airosos zaragüelles, que es el traje provincial de los habitantes de la huerta de Murcia, y con un capote de monte sobre el hombro, principió á llenar su cometido con el mismo celo con que cumplió cuando fué pastor. Nada de notable ocurrió en su existencia hasta el año 1806, ó sea en la fecha que cumplia 23 años, en cuya época le sucedió el triste fracaso que fué el orígen de su posterior destino.

En los seis años que ejercia la profesion de guarda de viñas, se habia hecho un tirador famoso y su fama sobre este particular era muy justa y merecida. Estando un dia Jaime oculto entre unas higueras, vió á un hombre que estaba robando uvas, confiado en la seguridad de que nadie podia verlo. Sintió nuestro guarda la cólera que era consiguiente, y al instante tomó la escopeta y apuntó al ladron en cumplimiento de su deber. Mas como él sabia que allí donde ponia el ojo allí ponia la bala, cruzó por su imaginacion una idea más humanitaria, por lo que dejó la escopeta en el suelo y se fué hácia el que robaba las uvas, reprendiéndole duramente por la conducta que seguia de tomar lo ageno sin el permiso de su dueño. El ladron, al verse sorprendido, y reparando que el guarda era un mozo muy jóven, aun trató de asustarlo sacando al efecto una navaja y yéndose hácia él; pero Jaime, que tenia un valor á toda prueba y unas fuerzas extraordinarias, se trabó con el ladron en una encarnizada lucha, resultando al fin que el guarda pudo quitar á su contrario la navaja y ciego por la cólera la hundió en seguida en el pecho del mismo, dejándolo instantáneamente sin aliento y sin vida.

Como el hecho podia tener sérias consecuencias, pues en aquel tiempo la justicia no se andaba por las ramas, y ahorcaba á cualquiera por un quítame allá esas pajas, ocultó el cadáver y se presentó á su padre refiriéndole al pié de la letra el triste suceso que acababa de pasar. Era el buen Martinez intimo amigo del señor administrador del marqués del

Pino, gran ricacho del reino de Múrcia, y que á la sazon residia en Orihuela, y al punto fué á verlo, para referirle el trance en que se encontraba su hijo. El administrador que entendia perfectamente su negocio, y que le convenia vivir bien con cierta clase de gente, en razon á que se habia hecho odioso, porque prestaba á un interés muy caro, y vivia de las gabelas de los pobres, comprendió que no le convenia estar mal con un jóven que tenia fama de gran tirador y de valiente, demostrando la muerte violenta que acababa de dar á un hombre, y se ofreció ser el padrino de Jaime en la ocasion presente.

—Envíemelo usted al instante,—dijo al buen Martinez,—que yo lo colocaré en una hacienda del señor marqués del Pino, y nadie se atreverá á ponerle el dedo encima.

No era la ocasion para ser desperdiciada, y aquella misma noche Jaime se presentó al administrador, el cual despues de procurar captarse la voluntad enérgica del mozo, le dijo lo siguiente:

—Esta misma noche partirás á la hacienda del Rio Segura, en donde entrarás de órden mia á ejercer el cargo de guarda. Nadie te molestará allí y seguirás desempeñando tu oficio á la mejor perspectiva. Te advierto, que en dicha hacienda vive ahora la señora marquesa y la hija del primer matrimonio del marqués, la señorita Consuelo. Cumple sus órdenes, llena tu cometido y descuida por lo demás, que yo estoy aquí.

Escusado es decir que Jaime partió al momento, y al dia inmediato entraba como guarda en la hacienda del Rio Segura, que era una de las mejores propiedades del marqués del Pino.

CAPITULO II.

De cómo Jaime entró á servir al marqués. La señorita Consuelo y los amores que con esta tiene hasta la época de la invasion de los franceses. Huida á Orihuela de la familia del marqués. Los franceses en Múrcia.

Aunque Jaime fué instalado en la gran casa de campo donde vivia el arrendador de la hacienda con su familia, y aunque esta casa se hallaba contigua á la que servia de morada á la marquesa, y á la señorita Consuelo, nuestro guarda, siguiendo sus solitarias inclinaciones, se pasaba la vida en el fondo de las alamedas y en las escabrosidades del monte. Hablaba poco y apenas se comunicaba con nadie, pero entregado á una existencia errante y solitaria, más le gustaba rondar de noche

en torno de la hacienda que durante alumbraba la luz del sol. Esto le alejaba más del trato de las gentes, especialmeute de la familia de Juan el arrendador y de los mozos de labranza, lo cual dió pábulo á diversas murmuraciones. El objeto de ellas fué lo siguiente.

Todas las noches, cuando Jaime se salia á hacer su ronda por la hacienda, tenia que pasar por delante de la casa, ricamente amueblada, donde habitaba la marquesa del Pino y la señorita Consuelo. Esta que acaso porsu carácter, por su juventud y su hermosura, se hallaba encerrada en contra de su voluntad en aquella hacienda, no tenia otra distraccion y otro entretenimiento que pasar gran parte de la noche, tomando el fresco ó recibiendo el resplandor de la luna en los balcones de la quinta, ó bien pasearse por las arboledas que embellecen las riberas del Rio Segura, durante las últimas horas de la tarde. En aquellas veladas en que ella estaba consagrada á sus más ocultos pensamientos, veia pasar por la plazoleta que habia delante de la quinta al pensativo Jaime con la escopeta al hombro; y como todas las noches ocurria esto, se fijó naturalmente en la arrogante y bella figura de aquel mancebo que, vestido con el traje del país, pasaba por delante de ella perdiéndose luego en el fondo oscuro del monte. No pasaba tampoco desapercibido á Jaime la presencia de la señorita Consuelo, cuya hermosura era cada vez mayor, hasta que á fuerza de pasar y verse perdió la timidez su natural embarazo, y una noche hubieron de hablarse sin calcular la gran distancia que los separaba El resultado de esta conversacion, fué que la señorita Consuelo quedase prendada y vencida por la natural gracia y donaire de Jaime, y que este quedase tan enamorado y rendido de la hija del marqués, que no se acordase de lo que él era para poner sus ojos en tan alto lugar.

Siguieron las entrevistas nocturnas, y siguió el amor arrojando combustible á la hoguera en que se abrasaban aquellos dos corazones, de tal modo que ya no tan solo se veian de noche sino que la señorita Consuelo, sin la experiencia que suele ser propia de cierta edad, salia por las tardes á pasear por las orillas del rio, y allí de nuevo reanudaba con Jaime sus cariñosas conferencias.

No faltó quien de los agrestes campesinos de la hacienda, se hiciera cargo de lo que pasaba, y aunque los amores de Consuelo y Jaime era serenos y puros, sin que ella faltase á su deber y á su virtud, la malicia vino á suplir lo que faltaba á aquellos enamorados corazones que seguian unidos en estrecho lazo, ofreciéndose nuevas dichas de felicidad y nuevos juramentos para el porvenir. Pero así como no hay mal que cien años dure del mismo modo pasan las felicidades y se agotan las más risueñas realidades.

En el momento en que Jaime se creia más dichoso y Consuelo más afortunada, se presentó una tarde el marqués del Pino en busca de su mujer y de su hija. El objeto de esta repentina llegada, era la aproximacion á Murcia del ejército francés que habia invadido á España

cuando los sucesos del 2 de Mayo de 1808. Apenas habian llegado á aquel rincon del mundo noticias de lo que ocurria en nuestra nacion y solo al presentarse el marqués del Pino, en busca de su familia fué cuando se comprendió el peligro que amenazaba, puesto que la division francesa del general Sebastiani estaba á las puertas de Múrcia.

No temblaron Consuelo y Jaime por la invasion de los enemigos, sino porque se destruia de repente la dulce cadena de su amor, teniendo apenas tiempo para jurarse una fidelidad eterna, juramento que como todos los que se hacen en ocasiones semejantes, suelen ser los últimos que se practican en la vida. Jaime ocultó sus lágrimas, porque perdia sus esperanzas y concibió tal ódio á los franceses que juró vengarse de ellos porque eran la causa de la separacion de aquella jóven aristocrática á quien habia amado con toda la fuerza de su alma apasionada.

El marqués del Pino, su mujer y su hija, marcharon precipitadamente á Orihuela, y Jaime que todo lo perdia con aquel viaje se quedó en la hacienda como queda un ciego cuando de repente pierde la luz de sus ojos.

Al dia siguiente, la hacienda fué invadida por un peloton de soldados franceses y Jaime no solamente fué despojado de la escopeta sino que fué apaleado á causa de no consentir entregarla voluntariamente. Aumentó con esto el ódio que principió á germinar en su corazon contra los enemigos de su patria, y escabulléndose por una de las ocultas sendas de la hacienda, se dirigió á Múrcia para buscar á su padre y acaso exponerle los pensamientos que principiaban á dominarle. Pero ¡qué espectáculo se le presentó á la vista! Los franceses habian entrado en la ciudad y desde luego vió el saqueo á que estos se entregaban; asistió á la profanacion que los mismos hicieron en la catedral, y fué depositando en su pecho el ódio profundo que más tarde habia de traducirse en ataques formidables. Poco tiempo estuvieron los franceses en Múrci replegándose estos los unos hácia el reino de Granada y los otros há Valencia, así es, que Jaime se volvió á la hacienda del marqués del no, en donde ya no debia volver á ver á su adorada Consuelo, sin otras circunstancias y en otras condiciones.

CAPITULO III.

Proyectos de boda entre Consuelo y el conde de la Arcada.—Celos de Jaime.—Sus conatos para hablar con la señorita.—Celada que le preparan el marqués y el conde.—Los perros y los gañanes.

Jaime tenia en su corazon un fondo de piedad tanto más notable

cuanto mayor era la fiereza de su carácter, y al jurar que habia de hacerse guerrillero contra los franceses, no olvidó los sentimientos de fé que habia dado á su correspondida pasion las más elevadas ideas. Pero todo cambia en este mundo y Jaime ignoraba que mientras él amaba más con la ausencia, Consuelo lo iba olvidando, y lo que es más, se avergonzaba que ella, hija del opulento marqués del Pino, hubiese descendido hasta el extremo de estar apasionada de un simple y oscuro guarda de campo. La reaccion que experimentó aquel corazon fué poderosa, hasta el caso de casi odiar á quien de tal modo habia amado, acabando por olvidarlo por completo, luego que su padre, por razones de conveniencia, la puso en relaciones con la familia de la condesa de la Arcada, quien tenia un hijo, el cual fué el señalado para ser el esposo de Consuelo. El conde de la Arcada era un jóven que se apasioné desde luego de la hija del marqués del Pino y mientras Jaime buscaba en las orillas del Segura los sitios que más recuerdos le inspiraban de su pasado amor, Consuelo y el conde, pasaban la vida en la más completa confianza y felicidad. Pero no tardaron en llegar estas noticias al conocimiento de Jaime por conducto de los arrendadores de la hacienda.

Las burlas y las chanzas se cruzaron para indicar al guarda que tal caida reciben aquellos que quieren mirar muy alto, por lo que el rencor que se abrigaba en el pecho de nuestro héroe creció de tal manera que hubiera sido peligroso acercarse á èl en los momentos en que la rabia y los celos le acosaban por todas partes. Dudaba de la veracidad de aquellas noticias y más aun de la inconstancia de Consuelo, por lo que quiso informarse por sí mismo.

Le bastó penetrar ocultamente en la hermosa casa de campo que el marqués del Pino tenia en Orihuela para saber la verdad. No solamente los nuevos amores de Consuelo eran ciertos, sino tambien lo era el que estos tendrian su complemento por medio de un próximo matrimonio. Cuanto sintió todo el despecho y todos los tormentos que semejante novedad infundió en su alma, Jaime tuvo intenciones de acechar á su venturoso rival el conde de la Arcada y matarlo; pero ¿qué era él para cometer tan desatinada empresa? Se encerró de nuevo en las alamedas de la hacienda del Segura, pero no pudiendo sostener su ansiedad, todas las noches se dirigia á Orihuela y saltando las tapias de la quinta en donde habitaba el marqués del Pino y su familia, buscaba la ocasion de presentarse á su siempre adorada Consuelo, reprocharle su inconstancia y exponerle la violencia de su amor, tanto más ardiente cuanto más lejana estaba la esperanza de alcanzarle.

No faltaron observadores que, siguiendo los viajes nocturnos de Jaime, comprendieron sus intenciones, y Juan el hortelano, que estaba al corriente de los pasados amores del guarda, á fin de congraciarse con su señor el marqués, le dió cuenta de las intenciones de Jaime, ocultando toda la parte que pudiera lastimar el nombre y la reputacion de la señorita Consuelo. Atonito quedó el marqués al saber que un miserable

guarda de campo, oscuro y sin nombre, tenia pretensiones tan elevadas, y como ya sabia por otros avisos que todas las noches rondaba un hombre en torno de su casa, no dudó que este fuera el desatinado Jaime que pretendia nada menos que requerir de amores á su hija. En las conversaciones que el marqués tuvo con esta y con su futuro esposo, no dejaron de cruzarse las más atroces burlas contra el guarda, y aunque Consuelo supo disimular, ocultando la causa que impulsaba á Jaime á obrar así, sin embargo se creyó rebajada y herida en su dignidad de tal manera, que no tuvo valor para oponerse al terrible plan que el marqués del Pino y el conde de la Arcada fraguaron para castigar la temeraria osadía de Jaime. Este plan consistia en tener preparados los perros de la quinta y además una docena de gañanes con buenas estacas para cuando llegase la ocasion lanzarlos sobre el inadvertido guarda. A fin de que este llegase pronto, el marqués dispuso que su hija, es decir, la ingrata Consuelo, se situase una noche en la entrada del jardin para que, vista por Jaime, éste acudiese á exponerle su pasion, y entonces verificar el siniestro proyecto que tanto el marqués como su futuro yerno habian concebido.

Pronto se presentó la ocasion que con tanta malicia como perfidia se habia buscado. Guiado Jaime por sus celos y pasion entró una noche en la quinta del marqués, y como hacia una luna muy clara, pudo ver á Consuelo sola, sentada en uno de los asientos del jardin y como entregada á profundas reflexiones. El corazon de nuestro enamorado mancebo saltó de alegría, puesto que se le presentaba el momento que con tanta ansiedad habia buscado, y corrió hácia Consuelo cayendo de rodillas delante de ella, expresándole en cortas palabras lo que él habia sufrido con su ingratitud y desden.

Dió Consuelo un grito afectando una sorpresa que no sentia y esta fué la señal para que el marqués del Pino y su futuro yerno el conde de la Arcada, saliesen al punto y rodeasen al aturdido Jaime, que al ver desaparecer á Consuelo perdia su última esperanza. El valiente jóven habia dejado su escopeta al pié de las tapias de la quinta y se encontraba desarmado, no teniendo defensa posible.

—¿Con que eres tú, miserable,—dijo el marqués,—quien tiene las pretensiones de requerir de amores á mi hija? Ahora las pagarás todas juntas.

Y á seguida mandó soltar los dos fieros mastines que los gañanes llevaban, los cuales se arrojaron sobre el pobre Jaime como dos fieras rabiosas. Este sintió los atroces mordiscos y dentadas de aquellos animales, y la cólera, la venganza, el ódio más profundo se despertó en su corazon. Por el ataque y la celada que le habian preparado comprendió que nadie tendria compasion de el: el mismo marqués del Pino y el mismo conde de la Arcada azuzaban los perros, y cuando estos clavaban sus agudos dientes en las carnes desgarradas de Jaime, los dos soltaban una alegre carcajada como si les complaciera semejante atrocidad. El

jóven guarda quiso huir subiéndose á los árboles inmediatos, pero los gañanes principiaron á descargar palos sobre sus espaldas, de manera que los perros por un lado, los golpes que por otro recibia y las burlas y frases picantes del marqués y de su futuro yerno le obligaron á no poder resistir más y caer al suelo bañado en su propia sangre.

—Señor marqués,—exclamó por último con voz agonizante:—tenga usted piedad de mí. Pero este le contestó con una nueva risotada, diciendo á los suyos que lo mataran, puesto que él responderia de las consecuencias, por lo que los palos y los mordiscos; de los perros hicieron que Jaime perdiera el sentido, quedando para todos como si estuviese muerto. Entonces, con la mayor cautela, lo sacaron del jardin y lo dejaron abandonado en una ancha plaza que cerca de la quinta del marqués existia. Esta plaza era la del convento de Santo Domingo de Orihuela.

CAPITULO IV.

Jaime recogido en el convento de Santo Domingo.—Vuelve á la vida. —Sus deseos de venganza.—Se hace guerrillero y se incorpora á la partida de Villalobos.—Su primera hazaña, por la que consigue ser jefe deunaguerrilla.

Cuando Jaime volvió en sí se encontró en una cama y en una habitacion modesta y aseada, sin que él pudiera explicarse el cómo se encontraba en aquel sitio; pero pronto llegó á saber que habia sido recogido por disposicion de los frailes de Santo Domingo, y que allí habia pasado una porcion de dias entre la vida y la muerte bajo la asistencia de los médicos del convento. Como él habia sido siempre gran devoto de la Vírgen, se encomendó muy de veras á esta Señora, pero con la vuelta á la vida sintió, cada vez con más fuerza, el deseo de vengarse de los que lo habian tratado del modo que dejamos explicado al fin del capítulo anterior. Jaime se habia reconcentrado en sí mismo y conoció que su suerte estaba echada para el porvenir. El no era nada en la actualidad, pero la guerra que España sostenia contra los franceses le ofrecia ancho campo, no solamente para seguir los impulsos de su corazon ardiente, sino para encontrar aquella venganza que ni de dia ni de noche se apartaba de su imaginacion; y al efecto, así lo dió á entender al buen religioso que habia tomado á su cuidado el empeño de asistirle y fortalecerse. Cuando el padre Ambrosio, que así se llamaba el religioso, oyó los deseos que ardian en el corazon de Jaime, procuró calmarlos con ejemplos de perdon y de mansedumbre; pero más fácil era detener un

torrente desbordado que contener los sentimientos de aquel hombre. A todas horas veia los perros y oia las risotadas del marqués del Pino y del conde de la Arcada, por lo que una vez restablecido pidió permiso al padre Ambrosio, su protector, para retirarse del convento. El religioso le dió multitud de consejos, escuchó su confesion y le despidió con cartas para los partidarios de la causa española, que, bajo el nombre de guerrilleros, defendian palmo á palmo el territorio de la nacion.

Cuando Jaime se encontró de nuevo en la huerta de Múrcia echó sus cuentas, compró una escopeta y caminando á salto de mata para no caer en poder de una columna francesa, fué á buscar la partida del guerrillero Villalobos, que á la sazon era dueño de la sierra de Garache, de los montes de Tobarra y de todos los caminos que afluian al famoso y celebrado castillo de las Peñas de San Pedro. Pero antes de incorporarse á dicha partida encontró en el camino á uno de los mozos de la hacienda del rio Segura, y aunque al verlo sintió hácia él un deseo inextinguible de venganza, quiso dominar sus sentimientos á cambio de saber todo lo que habia pasado á la familia del marqués del Pino, cuyo esterminio habia jurado infaliblemente. Entonces supo que la señorita Consuelo se habia casado una semana despues de la aventura de los perros con el dichoso conde de la Arcada, siendo tal la rábia, los celos y la desesperacion de Jaime al escuchar semejante novedad, que el mozo con quien hablaba, temiendo algun atropello, se dispuso á huir del lado de aquel hombre terrible.—Sí, huye, huye, exclamó éste; huye para decir á tus amos que hay entre ellos y yo una cuenta muy grande que saldar y que ya que Dios me ha librado de los dientes de los perros, no se escaparán ellos de mi legítima venganza.

Desde aquel dia la suerte de Jaime quedó definitivamente echada, incorporándose poco despues á la partida del guerrillero Villalobos, como simple voluntario. Pero este papel era muy pequeño para aquel hombre que aspiraba á ser, importándole poco los caminos que para el caso siguiese; él pretendia, gracias á su valor y su génio, hacerse notable, y la ocasion se le vino á mano en la sorpresa que hizo de un convoy de víveres y municiones perteneciente al ejército francés. Esta sorpresa que estaba meditada por Villalobos, no era posible verificarla en la ocasion que este guerrillero habia pensado; pero Jaime que se hallaba ocupando un olivar, temeroso de que el convoy se escapara, lo atacó valientemente auxiliado de las tinieblas de la noche, y todo él cayó en su poder, cuando el mismo Villalobos y otros cabecillas habian desesperado en atrapar la presa. El efecto que entre aquellos voluntarios de la Independencia produjo la heróica empresa de Jaime, hizo que gran número de ellos le victorearan con el título de *viva el Barbudo*, en razon á la negra barba que cubria gran parte de su rostro.

De tal modo ganó aquel el terrible título que algunos años más tarde debia ser el espanto de los caminos y encrucijadas, especialmente en la sierra de Crevillente. No seguiremos los hechos de Jaime durante la

guerra de la Independencia, puesto que no hacen nada al propósito de nuestra narracion; pero sí debemos decir que en todos los encuentros que tuvo se distinguió con tan extraordinario valor, que separado de Villalobos, se vió al frente de una partida de cien hombres decididos y arrojados, cometiendo las empresas mas temerarias que pueda concebirse.

La sierra de Crevillente, el campo de Lorca, la huerta de Múrcia, fué el teatro escogido para sus hazañas, y el nombre de Jaime el Barbudo llegó á adquirir tal celebridad, que á pesar del tiempo trascurrido, aun se relatan sus proezas de padres á hijos con gran entusiasmo entre los huertanos, montañeses y labradores de la provincia de Múrcia y Alicante. No habia hecho la guerra olvidar á Jaime la venganza terrible que venia acariciando contra la familia del marqués del Pino y solo le faltaba ocasion para satisfacerla. Hay ofensas que no se pueden olvidar jamás, y Jaime amaba aun á Consuelo, deseaba vengarse de sus ingratitudes, y odiaba á su marido y á su padre hasta el caso de sentir, como en el primer dia, la mordedura de aquellos perros que le habian destrozado sus carnes. Dueño y jefe de una partida famosa, la empresa que meditaba podia presentarse en la ocasion más inesperada, y preciso es decir que él la acechaba con todo el afan de su corazon. Veremos cómo llegó á realizarse su venganza.

CAPITULO V.

Proezas de Jaime y renombre que adquiere.—Continúa pensando en su venganza.—Aprovechándose de la entrada de los franceses en Murcia, él entra tambien.—Vá á lograr su venganza, y desenlace terrible que esta tiene.

La fama del guerrillero Jaime el Barbudo se habia extendido de tal manera, que todo el mundo hablaba de él, si bien nadie ó muy pocos conocian su procedencia. En cuanto á esto, Jaime habia procurado envolver su pasado con el velo del misterio y cuando los que defendian la causa nacional hablaban de él, suponian que aquel hombre era un nombre de guerra para ocultar el suyo verdadero. El marqués del Pino, y el conde de la Arcada que habian oido hablar de aquel Jaime, cuya fama era cada dia mayor, nunca habian podido imaginarse que este fuera la triste víctima de la infamia que ellos habian cometido en la quinta de Orihuela.

Como los franceses se habian alejado de Múrcia desde aquel dia-

que no solamente robaron la ciudad, sino que saquearon la catedral, tanto el dicho marqués como el conde habian trasladado su vecindad á aquella hermosa poblacion, gozando con la especta:iva d el térmi de la guerra, la cual presentaba muy mal aspecto para los franceses.

Libres de estos, celebraban banquetes, bailes y reuniones en donde las noticias más favorables sazonaban aquellas aristocráticas francachelas y en las que se hablaba de Jaime el Barbudo cada vez con mayor entusiasmo. El marqués del Pino se mostraba receloso al oir este nombre, y Consuelo, su hija, no dejaba de ponerse ya pálida, ya encendida, cuando oia lo que se contaba del guerrillero. La celebridad de este se habia aumentado á causa de que, así como era invencible en el combate, era generoso con los vencidos ó inermes, contándose mil historietas en dondə Jaime habia perdonado, amparado y protegido á franceses aislados, por lo que más de una vez el marqués del Pino andaba receloso acerca de la procedencia de aquel hombre.

—No, no puede ser aquel Jaime que se atrevió á poner los ojos en mi hija, se decia en muchas ocasiones; pero sus temores se comunicaban á su familia, y el conde de la Arcada, siempre que oia hablar de Jaime sentia esa repugnancia instintiva que anuncia un peligro oculto allí donde no parece haber motivo para temer.

En una de aquellas reuniones que tenian un carácter tan patriótico, porque en ellas se atacaba á los franceses del modo que era posible, se volvió á hablar de Jaime con tales señas y pormenores, que las dudas del marqués del Pino principiaron á convertirse en realidades, especialmente cuando se llegó á saber que el famoso guerrillero se habia hecho dueño de la sierra de Crevillente y naturalmente de todos los pueblos que ocupaban las extremidades de la huerta de Murcia.

—¿Con que tan cerca está?—preguntó el dicho marqués con mayor inquietud.—Iban á contestarle afirmativamente, cuando un mensajero trajo la noticia de que los franceses, al mando del general Soult, se acercaba á la Alcantarilla, distante una jornada de Murcia. Bastó esta noticia para que el marqués del Pino se marchase inmediatamente á Orihuela, encargando á su hija Consuelo y á su marido el conde de la Arcada, que hicieran lo mismo. Mas por muy de prisa que este quiso preparar su viaje ya fué tarde. El general Soult se presentó de repente en la ciudad; pero éste, que venia seguido de la division española que mandaba el general D. Martin de la Carrera, pronto se encontró atacado por dicho caudillo. Jaime el Barbudo habia aprovechado la ocasion de acercarse tambien con su partida á las puertas de Murcia detrás de las tropas españolas, y como estas emprendieron un mortífero combate contra los franceses, éstos, en venganza, dieron la órden de saquear la ciudad. Revueltos en aquella confusion españoles y franceses, lo era fácl hacer alguna de las suyas, así es que Jaime el Barbudo sintió el deseo de la venganza con más fuerza que nunca, penetró durante aquella noche de rapiña en la ciudad, y como él conocia perfecta-

mente la casa del marqués del Pino y no ignoraba que en ella estaba aquella ingrata Consuelo que tantos sinsabores le habia costado y tanta influencia tenia en su destino, juró, pues, buscar la revancha de tantos desaires y de tantas burlas. Acordóse de la escena de los perros, y penetrando en dicha casa que estaba ya saqueada por los franceses y siguiendo las inspiraciones de su corazon, llegó por último al cuarto donde se habia refugiado Consuelo. Empujar la puerta, entrar en él y presentarse á aquella mujer que tanto mal le habia causado, fué cosa de un momento. Jaime se le puso delante y con voz terrible le dijo:—Ha llegado la hora de mi venganza: vas á ser mia.

Jaime estaba frenético, y mientras Consuelo caia á sus piés pidiéndole perdon, no solamente en su nombre, sino en el de su hijo que dormia tranquilo en una cama, éste se sintió escitado por la cólera, disponiéndose á cometer la violencia que tenia meditada.—Ya no me echareis perros, ni os burlareis de mí, exclamó: te repito que vas á ser mia.

Fué á apoderarse de aquella mujer á quien tanto y tanto habia amado, pero en aquel instante se presentó el conde de la Arcada ó sea el marido de Consuelo, el cual llevaba una pistola en la mano. Al ver al Barbudo, conocerle, apuntarle y hacerle fuego fué obra de un instante. Jaime huyó el cuerpo, y la bala, en vez de herirle, fué á parar á la frente de Consuelo, quien lanzando un grito cayó muerta á los piés de su marido. Poseido Jaime de un furor extraordinario, se disponia á vengar á Consuelo en la persona de su marido, pero en aquel instante entraron seis franceses y como creyeron que el pistoletazo que habia matado á Consuelo fuera disparado contra ellos, arremetieron contra el marqués de la Arcada, y á fuerza de cuchilladas y sablazos lo dejaron muerto. Entonces, Jaime apagó la luz para no ser perseguido y se alejó de aquel lugar de sangre con la sonrisa de la venganza en la boca.—Sin embargo, murmuró sordamente, aun queda el marqués del Pino.

CAPITULO VI.

En el que Jaime piensa hacerse ermitaño y luego se arrepiente.—Fin de la guerra de la Independencia.—Se casa y luego se hace bandolero.—Los primeros robos y modo de repartirlos.

Ya hemos dicho que Jaime era devoto y amaba, especialmente, á la Virgen, por lo que el tremendo golpe que acababa de ser actor y espectador le hizo pensar en retirarse del mundo, hacerse ermitaño y vivir

en el retiro y la soledad por el resto de sus dias, pero su destino le marcaba desgraciadamente otro rumbo. Habiendo salido de la casa del marqués del Pino despues de la trágica muerte de Consuelo y de su rival el conde de la Arcada, se retiró al convento de Santo Domingo, donde fué asistido y curado en otro tiempo de la mordedura de los perros, y se presentó al padre Ambrosio que fué el religioso que con más afan que nadie supo protegerle; mas cuando este le vió ensangrentado y supo la parte vengativa que le habia cabido en la muerte de Consuelo y el conde, le negó su perdon y le dijo que solo persiguiendo á los franceses, únicamente á los franceses, era como podia encontrar indulgencia á la venganza de que habia sido causa principal. Echada la suerte de esta manera, se lanzó de nuevo á la montaña, se revivió el deseo de vengarse del marqués del Pino, y se dijo para sí:—Puesto que no es tiempo de hacer penitencia, vamos á la sierra: reunamos á nuestros partidarios y guerra al francés. Aun siento los ladridos de aquellos malditos perros que me destrozaron las carnes: aun quedan cuentas por ajustar.

Desde aquel dia Jaime principió una lucha tremenda contra los enemigos de su patria. Puesto al frente de cien hombres decididos, siempre estuvo picando la retaguardia de los franceses y sorprendiendo sus bagajes y convoyes, por lo que su reputacion adquirió una fama extraordinaria. Asi como perdonaba y socorria á los indefensos, así era de cruel y terrible contra los que se le resistian, formándose él una especie de código para el perdon y el castigo. La sierra de Crevillente era su madriguera y desde allí tan pronto se dejaba caer sobre Alicante, Albacete y Valencia como sobre la Mancha y el reino de Jaen. Pero la guerra de la Independencia tocó á su fin: los franceses dejaron á España, que no pudieron dominar ni un solo dia, y Jaime el Barbudo se retiró á Crevillente, donde recibió el indulto por la muerte que dió al que robaba las uvas cuando él era guarda del pago de Catral.

Pero la vida tranquila que principió á disfrutar estaba en contra de su naturaleza y de su condicion. Constantemente tenia en su mente el nombre del marqués del Pino, tanto más cuanto el amor que habia profesado á Consuelo no se hallaba extinguido, y en prueba de ello es que, habiendo visto en Crevillente durante una noche una mujer que se parecia á Consuelo, acabó por casarse con ella.

¿Debemos explicar aquí los segundos amores de nuestro héroe? Creemos que no hacen al caso para la importancia de esta narracion. Basta decir que Jaime fué feliz con aquel amor de su alma que le recordaba los amores pasados; pero trascurridos dos años, aquella existencia sosegada llegó á serle insoportable. Necesitaba de la actividad de la montaña, de la agitacion que era inherente á su vida aventurera; se sentia estimulado por sus antiguos subordinados, que venian de tiempo en tiempo á recordarle sus proezas; vivia en él la inextinguible venganza contra el marqués del Pino, y este fué el aliciente más poderoso para que de nuevo se lanzase á una senda llena de los más dificil es peligros y

de las más atrevidas aventuras. Verdad es que para volver á la sierra ya no era posible aparecer con el nombre de guerrillero y sí con el de bandido; pero en aquellos tiempos el bandolerismo era una profesion y Jaime no titubcó en seguir los violentos impulsos de su carácter y los consejos de sus antiguos subordinados, especialmente de dos que se llamaban Pascualeta y el Partidor. Dominado pues con la idea de encontrar algun dia medios de vengarse, se decidió á organizar su partida, y esta se reunió al fin en un paraje solitario que lleva el nombre de Hondon de los Frailes, entre las sierras de Murada, Albatera y la Solana.

El primer cuidado de Jaime el Barbudo fué el de hacerse de amigos y escelentes espias en todas las majadas de pastores, ventas y ventorrillos; así es que, asegurado por esta parte en gente servicial y adicta, principió sus correrías por todas las faldas de la sierra de Crevillente, en cuyo seno tenia siempre seguro asilo y proteccion. Pronto la fama se extendió por todas partes de la celebre partida que se habia presentado bajo el mando del antiguo guerrillero Jaime el Barbudo, y pronto los arrieros, los feriantes y cuantos tenian que cruzar por los caminos, se veian acometidos por la partida de aquel hombre, que no se dejaba ver sino en casos extraordinarios y solemnes. Siguiende su espíritu devoto, ofrecia limosnas á San Cayetano á medida que sus fondos crecian por medio del robo y del pillaje.

La primer proeza formal de este género que señala la historia verídica de nuestro héroe, fué el del ataque dado á los feriantes de Orihuela en el paso de las Salinetas, ataque que fué muy productivo para la compañía y cuyo botin se repartió en la Venta del Llobregat, dando lugar á que los bandidos mandasen celebrar una misa en la ermita de Santa Catalina, la cual todos oyeron con singular devocion, especialmente Jaime, que rosario en mano, se entregaba á sus aficiones religiosas, sin dejar por eso sus aficiones profanas. La segunda muestra de habilidad fué la de una cantidad de joyas encontradas á un mercader, y como Jaime queria ejercer principios de una equidad completa, repartió por partes iguales el botin, por lo que todos sus subordinados quedaron locos de contentos.

CAPITULO VII.

En el que Jaime sabe algo de la historia del marqués del Pino.—El sietemesino.—Un hijo legítimo juzgado como fruto de un adulterio.—El robo de los seis mil duros.

A pesar de la vida airada y borrascosa que seguia Jaime el Barbudo, entregado á la existencia del bandido español, que es, como todo

el mundo sabe, completamente distinta del facineroso; protegido siempre por las asperezas de la sierra de Crevillente, donde tenia sus madrigueras; no perdia nunca de vista al marqués del Pino, de quien aguardaba en su dia la más completa venganza. Contando con grandes amigos y con corresponsales activos, llegó á saber que el tal marqués tenia algo de oscuro en su pasada historia. Consistia esta oscuridad, que habiéndose casado el marqués con una noble y virtuosa señora, éste tuvo un hijo de aquel matrimonio á los siete meses y siete dias de su casamiento, y aunque esto se encuentra dentro de las condiciones naturales, no faltaron motivos para concebir crueles sospechas sobre la legitimidad de aquel hijo que habia nacido tan temprano. Atosigado el marqués de varios recelos, y sospechando de un caballero, por más que de ello protestase la inocente esposa, es lo cierto que se decidió á matar á su hijo si su mujer no confesaba su crímen imaginario. Esta, por salvar á la inocente criatura de una desgracia, confesó todo cuanto quiso suponer el marqués, y el niño fué depositado en la Inclusa, ó al menos así se le hizo creer á la marquesa. Mas como quiera que algunos años más tarde hubo de morir la persona encargada por el marqués del Pino de hacer desaparecer aquel niño, que siendo realmente suyo, él juzgaba por adulterino, éste confesó á la marquesa en su agonía que lo habia depositado en el convento de Santo Domingo de Murcia, por mano de un amigo suyo que despues habia desaparecido. Este amigo, por accidentes que no son del caso referir, habia ido á servir con el tiempo á la Venta del Llobregat, que era, como ya hemos indicado, el cuartel general de Jaime el Barbudo, y por medio de este supo el valiente bandido toda la historia del niño del marqués. Entonces acudió Jaime al padre Ambrosio para acabar de informarse del suceso, y éste le manifestó por medio de una carta que aquel niño se habia criado, en efecto, en el convento, pero que despues se lo habian llevado á Madrid para que siguiera una carrera conveniente.

Dueño Jaime de este secreto importante de la vida del marqués, continuó trabajando para averiguar el paradero de aquel niño que ya á la sazon debia ser mozo, por cuanto nació en 1799, y que más tarde podia darle armas contra su mortal enemigo y siguió su vida de aventuras y enemistades, sacando en todos sus hechos abundante cosecha de dinero y de heroicidades.

Como dicha cosecha era cada vez más productiva, los pueblos inmediatos armaron partidas de escopeteros, y no fué el marqués del Pino quien menos contribuyó á ello; pero Jaime pudo un dia coger preso al administrador general de dicho marqués, y para hacerle comprender á éste su poder, exigió del susodicho administrador que mientras él saldaba con su amo una cuenta antigua este le abonase todos los meses cinco onzas de oro. Resistióse el administrador y entonces puso diez onzas en vez de cinco, dándole recibo de cobre, y diciendo, que de no pagar aquella suma, las haciendas del marqués las pagarian. Despues de este

impuesto forzoso que el administrador no se atrevió á admitir, Jaime buscó los medios de atacar la casa de dicho administrador, y una noche, cuando este se creia más seguro en su casa, se vió sorprendido por el atrevido Jaime y parte de su cuadrilla, sin que tuviera medios de resistencia. En vano el administrador apeló á mil estratagemas. Jaime mandó echarle una cuerda al cuello para aborcarle si no le abria el arca donde estaba el dinero y no tuvo otro remedio que hacerlo asi.—¿Cuánto dinero hay ahi del marqués del Pino? le preguntó el Barbudo.—Unos seis mil duros, contestó el administrador. Jaime entonces se acercó á la mesa, y con su portentosa calma escribió lo siguiente:—He recibido del señor administrador del marqués del Pino la cantidad de seis mil duros á buena cuenta de ciertos mordiscos, que acabarán de ser pagados con la piel del señor marqués. En Orihuela á 15 de Agosto de 1815.—*Jaime el Barbudo.*

CAPITULO VIII.

Cómo se llamaban los compañeros de Jaime el Barbudo.—El verdugo Crispin.—Su sistema para robar.—Su generosidad con unos; su rigidez con otros.—Se ofrecen tres mil duros por la cabeza del Barbudo.—Su justicia.—De cómo ahorcó á un escribano.—Vuelve á hacerse guerrillero y sabe al fin el paradero del hijo del conde.

El golpe atrevido que acabamos de explicar y el que se siguió inmediatamente, que fué el de haberse metido en una taberna donde refrescaba una partida de escopeteros, dejando á estos suspensos con su presentacion, produjo una consternacion general en todos los pueblos de la huerta de Murcia. Perocuando se quiso hacer alguna cosa ya estaban los bandidos en el Collado de la Aguadera repartiéndose parte del botin. La historia ha conservado los nombres de los principales bandidos de la partida de Jaime, y creemos que nuestros lectores no llevarán a mal que espongamos sus nombres y apodos.

Además de Pascualeta y el Partidor, ejercia grandes servicios de espionaje el Pastorcillo, que era un muchacho de quince años. Luego figuraban en primera fila, el Pernis, el Estudiante, Barbaroja, los hermanos Ganajos; siguiendo á estos los conocidos con los nombres de Antonio Hurtado, Francisco Gallardo, José Onteniente, Francisco Sanz Julian, Pere de Perez, el Busa, Juró, Caga-Doblones, el Brocos, Bavolet, el Perlito, el Mico, la Lecha, el Malla y el Jumillano. Hubo otros

que cometian grandes excesos y maldades, por lo que Jaime se vió obligado á crear una plaza de verdugo para castigar á los más desalmados. Este verdugo, cuyo nombre se ha cubierto con un velo, llevaba el nombre de Crispin.

Jaime quiso imponer su autoridad, y de tal modo lo logró, que todos sus partidarios acataron sus justicias y sus ejecuciones, que consumaba el machete de Crispin. Era muy comun ver á dicha partida despues de un robo rezar el rosario con profundo recogimiento. Un dia sorprendió á un carretero que llevaba en su bolsa veinte duros y dando la casualidad que pasaban unos ciegos pidiendo limosna, recibieron estos la mitad de dichos cuatrocientos reales. El mismo carretero llevaba cinco mil duros del comercio de Alicante y Jaime dió recibo de haberse quedado con ellos. Seria prolijo y pesado, para la narracion que vamos haciendo, exponer aquí todos los robos que cometió y todas las acciones buenas que hacia en muchas ocasiones con el dinero que robaba á otros. A los pobres los socorria sin descanso; á los que tenian alguna necesidad los amparaba, y todo su cuidado lo ponia en proteger á infelices, sin cuidarse de los ricos, á quienes sabia sacarles el dinero por mil astucias ingeniosas y por mil atrevidos golpes de mano. En los diversos encuentros que tuvo con las partidas de escopeteros, que le perseguian siempre, salió triunfante, y una vez que se vió solo y casi acorralado se arrojó por un precipicio invocando el nombre de la Vírgen del Rosario. Otra vez sorprendió á un carretero de Játiva que llevaba dos mil duros del comercio de aquella ciudad, y como este manifestase á Jaime que una vez robado perderia la confianza de sus parroquianos y no ganaria pan para su familia, le devolvió los dos mil duros, quedándose con ciento solamente para demostrar la generosidad que él usaba como rey del monte, y con tál que reconocieran su autoridad. De estos casos está llena la vida de aquel hombre singular que en todas partes estaba y cuyo valor fué extraordinario. Sin embargo, las autoridades vigilaban, y en todas las alcaldías de la Capitanía general de Valencia y Murcia se fijaron edictos prometiendo tres mil duros al que entregase vivo ó muerto á Jaime el Barbudo, siendo este edicto un proyecto de venganza del marqués del Pino, quien á todo trance queria acabar con aquel bandido, que era su constante pesadilla.

Uno de los robos más atrevidos fué de doce mil duros del Estado que conducia un capitan de infantería y otra multitud de hechos que terminaron con diversos secuestros de personas, á quienes él trataba perfectamente en el fondo de las madrigueras que les servian de asilo. El caracter principal de Jaime fué el de no derramar jamás una gota de sangre por causa de sus exacciones, y si castigó alguna vez por manos de Crispin, fué á los suyos que se propasaban á cometer crímenes y atrocidades que repugnaban al corazon del bandido. La muerte de un escribano de Orihuela, llevada á cabo por mano de Crispin el verdugo, fué á causa de abuso de confianza y delacion que hizo de Jaime, y éste,

erigido en tribunal, pronunció la sentencia de muerte, que se llevó á efecto en todas sus partes.

Era tal la fama de Jaime el Barbudo despues de estos acontecimientos, que llegó á crearse un verdadero poder que contrarestaba el de las autoridades, permaneciendo así hasta la época del año de 1820 á 1823 que, como es sabido, hubo en España grandes sucesos políticos, por los que los partidarios de la Constitucion y los realistas lucharon ciegamente hasta la entrada de los cien mil franceses que vinieron á restablecer el régimen absoluto.

Estos sucesos sirvieron mucho á Jaime el Barbudo, pues acordándose del tiempo en que fué guerrillero se adhirió á la causa de Fernando VII, y desde luego encontró en nuestras discordias civiles nuevo campo para ejercer su autoridad con menos temor por parte de las autoridades. Durante esta revolucion, Jaime, que no olvidaba nunca al marqués del Pino, que era quien habia puesto el precio de su cabeza en tres mil duros, le seguia la pista, especialmente en el descubrimiento de su hijo, que como ya hemos dicho, se hallaba en Madrid. El padre Anselmo le ayudaba á ello, y al fin llegó á saber que aquel hijo, abandonado, era alférez del ejercito español y se encontraba al lado de un brigadier, comisario de gran influencia, que á la sazon tenia el deber de pasar revista á las tropas de los reinos de Valencia, Murcia y Granada. Con estos antecedentes Jaime, cuyo espionaje era cada vez más completo á causa de los afortunados golpes de mano que seguia dando en la sierra, supo muchas cosas que le interesaban, siendo entre otras la aproximacion de dicho brigadier al teatro constante de sus operaciones. Como estaba ya cansado de aquella existencia llena de azares y peligros, y como las ocurrencias políticas le favorecian demasiado para conseguir su indulto y el de su partida, solo esperaba la ocasion de satisfacer su completo sueño, cual era el de vengarse del marqués del Pino, y ahora veremos cómo las circunstancias se presentaron para que él lograra este fin.

CAPITULO IX.

La aventura del comisario régio.—Este, en vista de su comportamiento, le ofrece el indulto.—En el que al fin y al cabo se apodera del marqués del Pino.—La venganza de Jaime.—El perro.

No pasaron muchos dias sin que Jaime llegara á saber que el brigadier y comisario régio, que inspeccionaba las provincias inmediatas,

habia de pasar por las faldas de la sierra de Pila, y al efecto le preparó un lazo que debia redundar en su provecho. Marchaba dicho brigadier con su esposa, dos hijas ya mocitas y el hijo del marqués del Pino, cuya procedencia habia buscado y encontrado Jaime; mas como quiera que á dicho brigadier se le anunciara que el célebre bandido era fácil le saliera al camino para sorprenderlo, dió aquel tales seguridades respecto de sí, que nadie dudó de que Jaime el Barbudo no se atreveria á atacarle, tanto más cuanto se previno de una compañía de tropa que lo defendiese.

Iba esta compañía dividida en dos partes: mitad á vanguardia y mitad á retaguardia, mientras el brigadier y su familia caminaban en un coche de colleras, seguros de todo ataque; pero al penetrar en el puente de la Losilla, Jaime, que acechaba, vió pasar la vanguardia, y entonces, con tres ó cuatro de los suyos se presentó de repente, detuvo el carruaje, amenazó al brigadier de que se estuviera quieto, y por medio de este golpe de audacia logró hacerse dueño de la situacion, como así lo llegó á lograr. Dispuso enseguida que el brigadier y su familia fueran á una venta donde tenia preparado un soberbio almuerzo, y allí, con mil protestas cariñosas, no solamente dió libertad al brigadier sino que devolvió las armas á la tropa, á quien por medio de una astucia habia desarmado.

—Solamente necesito, dijo al jefe militar, el que se quede por unos cuantos dias conmigo este jóven alférez que os acompaña, pues no conociendo á su padre, debo enseñárselo muy pronto. Esta noticia escitó la curiosidad de todos, y él explicó las razones que le motivaban de obrar así. Agradecido el brigadier al ver la manera respetuosa y digna de Jaime, le ofreció el indulto en nombre de la Regencia que imperaba entonces, y esto que era lo que el bandido buscaba, le hizo ser tan agradecido, que desde luego ofreció consagrarse con más afan que nunca al servicio del rey, haciendo que los partidarios se dedicaran como gran parte de la nacion, á sostener los derechos de S. M. En seguida y despues de mil ofrecimientos y protestas, se despidió del brigadier, quien marchó con su familia, haciéndose lenguas de la generosidad de un hombre á quien pintaban con los colores más siniestros. Garantido Jaime con el indulto que se le habia ofrecido, solo le quedaba completar su venganza, en el marqués del Pino que estaba en Murcia. Al efecto, disfrazó á parte de sus partidarios, y una noche en que habia alboroto en la ciudad aclamando al rey absoluto, Jaime y los suyos, pudieron por fin apoderarse del marqués, de manera que cuando este recapituló acerca de lo que le pasaba, se encontró preso y sujeto delante de aquel hombre que tanto y tanto lo habia dado que pensar durante el curso de su vida.

El marqués del Pino fué conducido al famoso barranco del Dieu, pero Jaime no se le presentó aquella noche. Creia el dicho marqués que la cosa seria el dar una fuerte cantidad por su rescate; pero cuando al dia siguiente conoció al antiguo guarda de su hacienda del Segura,

cuando conoció que era aquel á quien el habia arrojado los perros, le hizo entender que se hallaba dispuesto á pagar lo que quisiese.—No es asunto de dinero, contestó el Barbudo. Su merced contrajo conmigo una deuda cuando me lanzó sus perros, y puso en juego multitud de asechanzas para apoderarse de mí. Pero como su merced no ha sido bueno y estuvo separado de su esposa porque tuvo un hijo sietemesino; como usted abandonó á su verdadero hijo, creyendo en un adulterio imaginario, quiero pagarle bien por mal. Reconozca usted á su hijo que está muy cerca de aquí y nuestras cuentas quedan terminadas.

Estremecióse el marqués al saber que Jaime estaba al corriente de los secretos de su vida, y le negó abiertamente el reconocimiento que se le proponia, si bien conocia que debia reconocer aquel hijo abandonado. Pero su soberbia era más fuerte y despreció al bandido. Entonces este se encogió de hombros y mandó traer un enorme perro mastin que él habia criado.—Pues que no quiere usted reconocer á su hijo, pague usted las que me debe. El perro fué azuzado contra el marqués, y en seguida hizo presa en sus carnes como en otro tiempo lo hicieron en él los otros perros.

—Diente por diente, exclamó Jaime. ¿Reconoce usted á su hijo?

—No.

Entonces el perro volvió á atacar y á morder hasta que el marqués del Pino exclamó temblando. Me entrego: ¿cuáles son las condiciones? Nada más que firmeis el reconocimiento de vuestro hijo. Esto lo hago, por aquella que me hizo infeliz por toda mi vida. El marqués comprendió todo lo que encerraban estas palabras, y firmó. De tal manera fué la venganza del Barbudo contra aquel hombre que tanto le habia perseguido, y á quien tanto habia odiado. Verdad es que el marqués sufria el castigo á que se habia hecho acreedor; verdad es que el cuerpo de aquel hombre orgulloso, quedaba destrozado por el mordisco del perro; pero al mismo tiempo devolvia su hijo abandonado á su ingrato padre, y toda su vergüenza se convertia en un inmenso beneficio. Cuando tuvo el reconocimiento firmado, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—Ahora, perdon para todos. Esta cumplida mi venganza y satisfecha mi conciencia

CONCLUSION.

Despues de los sucesos que acabamos de referir, solo nos queda explicar el triste y lamentable fin de aquel célebre bandido, cuya fama es aun todavía motivo de apreciaciones diversas y encontradas, y cuyas proezas forman hoy la admiracion de los que conocieron en detalles la vida de aquel hombre.

Fiel el brigadier, de quien en el capítulo anterior nos hemos ocupado, á la promesa que hizo á Jaime el Barbudo, este recibió el indulto y entonces su partida fué una de tantas, de las que con el título *Defensores de la fé*, trabajaron por la restauracion de Fernando VII como rey absoluto. De este modo, y libre ya de todas las inculpaciones pasadas, era objeto de la admiracion de las gentes, especialmente cuando se le veia con su rica manta listada sobre el hombro, con los blancos zaragüelles y con su pañuelo de seda de colores en la cabeza. Jaime era padre de un niño y una niña, y adoraba en su mujer; pero estando en Murcia un dia le llamaron á las casas consistoriales á pretesto de recibir órdenes, y allí le pusieron preso por inculparle el delito de un robo y un asesinato cometido en aquellos dias, y que no se lo justificaron. Era evidente, que sus enemigos trabajaban sin descanso en el misterio, por lo que se llevó su causa con tal precipitacion, que á principios del año 1824, lo sentenciaron á muerte. No creia esto Jaime el Barbudo, pero ante la evidencia, habia que convencerse. Fué puesto en capilla, y aunque estaba sujeto por multitud de cadenas, tenia esperanza de salvarse.—¿Será posible, dijo al sacerdote que le auxiliaba, que puedan ser perdonados tantos latrocinios.?—¡Ah hijo mio! contestó el auxiliante, Jesús en la Cruz perdonó á Dimas el buen ladron. Cuando salió para el cadalso, el gentío era inmenso y no se oian sino lamentos; el ruido de los tambores destemplados y el canto de los agonizantes y de los que le auxiliaban. Llegado al pié de la horca, se reconcilió con el sacerdote, y como su confesion fuera muy larga, no dejó de llamar la atencion. En fin, subió la fatal escalera, le echaron el lazo al cuello, puso su mirada por entre la apiñada muchedumbre, como si esperara alguna cosa, y últimamente el verdugo lo lanzó al aire acabando de aquel modo triste una vida que podia haber servido para hechos más heróicos.

El cuerpo de Jaime el Barbudo, fué dividido en cuatro trozos, los que fritos en aceite, se espusieron; la cabeza metida en una jaula de hierro en la plaza de Crevillente: la mano izquierda, en la esquina de la cárcel de Jumilla; la derecha, en el puente de la Mala Mujer; el pié izquierdo, en la cochera de Elche, y el derecho, en el Hondon de las Nieves, teatro por largo tiempo de las fechorías de Jaime.

Sin embargo, desde el dia siguiente á la ejecucion de Jaime, que fué en el mes de Enero de 1824, se estendió la voz de que no era este el que habia muerto en la horca, sino el famoso Crispin, el verdugo de la banda del Barbudo, que por cierta semejanza paso por el celebrado bandido; pero este rumor nunca pudo comprobarse con certeza, por lo que el renombre y la fama del bandido, ha pasado á la posteridad y forma hoy uno de los tipos mas perfectos del bandido español.

La familia de Jaime el Barbudo existe, y por eso no decimos más en este verídico relato. Unicamente añadiremos, que los hermanos de Jaime y los principales campeones de su partida, se lanzaron de nuevo al monte, pero con mala fortuna, pues todos ellos cayeron en poder de la justicia.

El marqués del Pino, vivió acordándose del Barbudo, pues si bien tuvo muchos motivos para temerle, tambien no pudo menos de estar reconocido del favor de hacerle conocer á su hijo legítimo, que no le tenia por tal, hasta que quedó convencido de la verdad.

FIN.